

LA DIMENSIÓN HUMANA COLOMBINA EN LA OBRA DEL PROFESOR TAVIANI

(Una reflexión en su homenaje)

José CERVERA PERY
Director de la REVISTA DE HISTORIA NAVAL

Escribir todavía hoy sobre Colón y el descubrimiento entraña grave riesgos si no se tiene la necesaria sensibilidad y firme convicción para hacerlo, porque pocas figuras existen en la historia de la humanidad tan fascinante, profunda y enigmática, y que más controversias o apasionadas polémicas hayan suscitado que la del almirante de la Mar Océana. Su personalidad, tan rica en matices, no se verá sin embargo ensombrecida por el aporte de su dimensión humana, de la que no se saben demasiadas cosas. La falta de pruebas documentales de gran parte de sus actuaciones sigue constituyendo un reto histórico al que se enfrentan historiadores e investigadores. Es importante y plausible que persona de tan innegable solvencia y autoridad como la del profesor Paolo Emilio Taviani trate de profundizar con dos excelentes aportaciones, en el desvelo de los grandes y pequeños misterios que la vida de tan eminente como controvertido navegante sigue ofreciendo.

Quizá todo el problema de la concepción y preparación del viaje colombino merecería ser nuevamente sometido a examen. Con esta frase, tomada del geógrafo italiano Roberto Almagia, abre su espléndido libro el honorable doctor Paolo Emilio Taviani, vicepresidente del Senado de la República italiana y profesor de Historia Económica de la Universidad de Génova. Y no creo que nadie pueda mostrarse en desacuerdo con esta reflexión que el citado profesor establece en sus páginas introductorias. Se trata de un hecho evidente que merece la pena destacar con la profundidad y buen tino con que lo hace, y que le permite una objetiva valoración de su alcance, ya que el mérito inicial consiste esencialmente en haber tenido el coraje suficiente para situar a Colón en su exacta dimensión humana, naturalmente complicada y pluriforme de por sí, pero donde la claridad expositiva constituye el factor primordial de un sugestivo tratamiento, enriquecido con un amplio repertorio de apéndices documentales que acreditan la identidad del trabajo desplegado en los archivos.

Para el profesor Taviani no existe la menor duda de que efectivamente Cristóbal Colón nació en Génova —y con ello confirma los testimonios de ilustres historiadores, entre los que de modo destacado sitúa a don Antonio Ballesteros Beretta—. En este sentido se muestra profundamente dogmático, y considera que todas las especulaciones que han surgido en torno al lugar de su nacimiento son consecuencia directa del exagerado nacionalismo de los siglos XIX y XX. No es menos cierto que Colón y los suyos trataron siempre de ocultar el lugar de su origen, procurando con ello quizá evitar el conocimiento

de su modesta stirpe. El propio almirante y su hijo Hernando pusieron todos los medios para que el enigma quedara sin descifrar, pero dando al mismo tiempo las pistas para que otros las siguieran. Hoy el hecho de su nacimiento parece cuestión fuera de toda duda.

La personalidad colombina ha sido permanentemente estudiada desde sus orígenes, pero el tema no se muestra agotado ni mucho menos. Quizá sea Andrés Bernáldez, el cura de Los Palacios, el que mayores datos nos suministre sobre la misma. Así como Pedro Mártir de Anglería nunca menciona sus conversaciones con el descubridor, Bernaldez, por haberlo tenido de huésped, se ocupa detenidamente de trazar el personaje, ya que nada menos que catorce capítulos de su historia de los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, están dedicados a Cristóbal Colón y a su empresa. Su comienzo ya evidencia el respeto que le impone su figura. *En el nombre de Dios Todopoderoso. Hubo un hombre de tierra de Génova, mercader de libros de estampas que trataba en esta tierra de Andalucía, que llamaron Cristóbal Colón, hombre de muy alto ingenio sin saber muchas letras, muy discreto en el arte de la cosmografía y en el repartir del mundo.* Estas observaciones son muy valiosas por venir de persona que convivió con el biografiado, y que denotan que Colón no era el hombre de cultura notable como a veces ha querido presentarse por sus apologistas.

De aquí posiblemente surja la idea colombina del descubrimiento, fraguada en una curiosa mezcla de verdad y error. De Marco Polo y de la *Imago Mundi*, de Pedro de Aylli, obtiene la certeza de que la distancia de España— desde donde por fin va a proyectar su gran aventura— a la India no es muy grande. El mapamundi de Toscanelli y su derrotero sugería inequívocamente que la ruta occidental hacia la China y el camino de las especies no era muy largo y bastante seguro. Algunos pasajes bíblicos, y además los versos de Séneca *de que el mar descubrirá mundos nuevos y no será Thule la última tierra* le influirán de modo decisivo. Ciertamente no por sus estudios (pues no es un investigador ni demostrado científico), sino por lecturas improvisadas, con la fe del autodidacta, absorbió Colón la impronta de su tenacidad, rasgo esencial de su carácter, de una firme personalidad presente a lo largo de sus viajes y aún después de ellos.

El retrato que Colón hace de sí mismo revela que lejos de ser un temerario irresponsable era un navegante muy experto. *Todo lo que fasta hoy se navega—afirma— lo he andado. Trato y conversación he tenido con gente sabia... En la marinería me hizo nuestro Señor abundoso; de astrología lo que abastaba, y así de Geometría y Aritmética y ingenio en el ánima y manos para dibujar las esferas...; me abrió Dios nuestro Señor el entendimiento con mano palpable a que era hacedero navegar de aquí a las Indias y me abrió la voluntad para la ejecución dello.* Ya sabemos que el cura de Los Palacios lo describe como *un hombre de alto ingenio y muy diestro en Cosmografía.* Por tanto los conocimientos de Colón eran bastante superiores a los cosmógrafos de su época, pero aún así no pudo deshacer el error—el más fecundo error, como ha sido calificado por Hanke— acerca de la proximidad relativa entre las costas occidentales de Europa y las orientales de la India.

Colón se extravía a veces por su inconformismo, fogoso e incapaz de freno, en cuyo ánimo aparecen y chocan multitud de ideas y proyectos, no siempre acertados o armónicos; una amalgama ciertamente confusa de grandes verdades y grandes errores, que lo definen y afirman desde su dimensión humana. El hombre por el que tanto se interesa el profesor Taviani sin despojarse de su ropaje romántico, porque Colón es ante todo un soñador, un espíritu genial que vio más allá de donde pudieron ver sus contemporáneos. Así, la vida del genio está contada siempre desde el ángulo humano, sin que pierda nunca su condición de hombre; sin olvidar que en el hombre existe también lo equivocado y arbitrario.

Hay un Colón metafísico, que es el que exige acaso más esfuerzo de comprensión y que es el Colón de los contrastes; el que vive profundamente ilusionado por culminar la ruta de las Indias y del amargor de verse incomprendido o tachado de iluso. Ese Colón atormentado que parece quedar cubierto por el enigma que va desde la historia a la leyenda, y que tan mal ha sido tratado por Madariaga cuando lo califica de hombre misterioso, despótico, ambicioso y de una avaricia sórdida. Sin embargo, si de una vez para siempre se desea comprender el genio colombino, con todas sus contradicciones, es preciso no descolocarlo de la Europa de su tiempo ni, por supuesto, desplazarlo de su vigorosa condición humana, sensibilizada y dinamizada precisamente a través del enigma de su vida. Colón habría de ser, por tanto, un gran europeo, en una Europa que entonces se llamaba la Cristiandad. Un europeo moderno por sus contactos, sus proyectos y sus relaciones con el entorno continental, y algo quizá por su formación y su integración mental en el destino de una idea europea concebida en su totalidad. Porque la Europa que intuye Colón no es ya la Europa única a la manera carolingia o medieval, sino que ha de perfilarse a través de sus Estados nacionales. Fue un europeo por la gran aventura de su vida y por las ciudades de su formación profesional o experiencia náutica. Vive en la convicción de que ha de proyectar Europa —todavía no sabe si a través de Inglaterra, Francia, Portugal o España— más allá de sí misma, pero este europeo, de espíritu universal, vivirá sin embargo a lo largo de su existencia una situación cargada de paradojas. Su vida estará marcada por las nuevas experiencias, y por un cúmulo de insatisfacciones que habrán de dejar honda huella en los rasgos de su personalidad. Consultando sus relaciones, testamento y otros documentos de su pertenencia se advierten las constantes contradicciones. Nada traspasa el misterio, ni ofrece las menores luces para su aclaración, porque todo Colón es una hipótesis colosal que desconcierta y aturde; una hipótesis abierta a todas las suposiciones y a todas las conveniencias, con una realidad firme en su vida: España y el descubrimiento.

Cabría preguntarse si es más importante, por tanto, estudiar la fisonomía humana que la dimensión estrictamente histórica de Cristóbal Colón. Para el profesor Taviani ambos conceptos gozan de la misma importancia. Quien detenidamente penetre en el fondo de sus planteamientos llegará a la conclusión de que es difícil separar la personalidad humana, en sus ricas facetas a veces antagónicas, de la proyección histórica del descubridor. Con Colón la

geografía emprende un camino con perspectivas completamente inéditas, pero su drama humano es la pasión del poder. Es, por tanto, una gran figura histórica, con una conjunción de hechos y circunstancias que la sitúan en un plano muy por encima de sus propias señas de identidad. Puede pensarse que Colón haya sido desmitificado por el propio correr del tiempo, en que son escasas las figuras que se mantienen enhiestas y que no sucumben al juicio crítico de las generaciones que se suceden. Colón, sin embargo, supera cualquier circunstancia coyuntural y su figura sigue popularizada hasta extremos notoriamente increíbles. Se trataba de hacer algo nuevo, diferente, en la historia de la navegación; algo que de alguna manera transformase el espíritu científico y geográfico de la época, y lo logró con creces. La pervivencia del personaje, a veces, va más allá de su obra, pero la trascendencia de la misma diluye en otras la proyección de su autor. Es una compleja situación, de la que no siempre puede salirse airoso.

Hago estas reflexiones después de la lectura de los dos magníficos estudios de Paolo Emilio Taviani, *Cristóbal Colón, genio del mar* y *Cristóbal Colón: génesis del gran descubrimiento*, una doble y substancial aportación que debiera cerrar para siempre los oscuros horizontes de la incompreensión. El mito de Colombo, la leyenda y la patria, su origen genovés en los análisis documentales, la familia, la casa, el origen genovés de su cultura, el hombre Colombo, protagonista del gran acontecimiento...; facetas todas al encuentro del personaje, que en Taviani adquieren un talante altamente revelador. La impresión que se obtiene tras la lectura es la de contar con una nueva perspectiva de la dimensión humana colombina a través de un estudio enjundioso que acumula un esfuerzo de años, concretado en el incesante acopio de documentos y en el dominio de una técnica narrativa, ágil, directa e irreprochable en su claridad expositiva. Con afirmaciones bien sostenidas y conclusiones convincentes. El concepto europeo de la figura colombina, a salvo de sus distintas confrontaciones con los reyes de su tiempo, hasta que encuentra el firme apoyo de los Reyes Católicos, son aspectos enaltecedores de un esfuerzo que ratifica en su calidad y demuestra en su planteamiento, y en el valioso aporte documental que lo enriquece, el talante meritorio de su ilustre autor.

Como ha escrito López Ibor, el hombre se pasa la vida tratando de entenderse a sí mismo, y la historia de la humanidad surge desde el gran intento del hombre de realizarse, es decir, de entenderse cabalmente. Colón posiblemente terminó entendiéndose, aunque no lo supiera, y consiguió a la postre ese halo de gloria a la que sólo llegan los hombres fuertes que saben de dolores, fracasos y frustraciones. Y en la vida de Colón, y su dimensión humana, tan magníficamente trazada por el profesor Taviani, hay más luces que sombras, pese a quien pese.

Es indudable que Cristóbal Colón, genio del mar, lúcido y visionario, descubrió América, pero no supo o no quiso descubrirse a sí mismo. En dos libros impecables, el honorable profesor Paolo Emilio Taviani sí descubre al hombre junto a su circunstancia...